

Una toma distinta de La Habana por los ingleses

Por LAURA DOMINGO AGÜERO

La Habana se ha honrado al acoger por primera vez al Royal Ballet de Londres (RBL), compañía que ofreció cinco funciones del 14 al 18 de julio pasado como parte de su gira de verano. Entre los casi cien bailarines incluidos en la visita estuvieron los nombres más sobresalientes de la prestigiosa institución. Tales fueron los casos de Alina Cojocarú, Tamara Rojo, Zenaida Yanowsky, Federico Bonelli, Mara Galeazzi y Sarah Lamb, así como el aclamado y uno de los principales promotores de este acontecimiento, el cubano Carlos Acosta, entre otros.

La sala García Lorca del Gran Teatro de La Habana fue la sede de las primeras tres galas, que incluyeron obras emblemáticas como *Voices of Spring*, *Thais* y *Un mes en el campo*, del coreógrafo fundador, Frederick Ashton, y además *Romeo y Julieta* y *Farewell*, de Kenneth MacMillan.

El RBL, heredero de los Ballets Rusos de Serguei Diaghilev, fue fundado en 1931 con el nombre de Vic-Wells Ballet por la bailarina de origen irlandés Ninette de Valois. En un principio, a pesar de sus escasos integrantes, contó con la presencia de Alicia Markova, Anton Dolin Tamara Karsavina y Robert Helpmann. A partir de entonces esta compañía se ha caracterizado no sólo por estar entre las más relevantes de su tipo en el mundo, sino también por la heterogeneidad de los bailarines, egresados de diversas escuelas y métodos de estudio, lo cual no ha afectado el estilo que la distingue, como el sello de la Casa Real de Gran Bretaña. Durante su breve estadía en la capital cubana, a través de las clases y los ensayos que tuvieron lugar en la sede de la Escuela Nacional de Ballet (ENB) quedó constancia del altísimo nivel técnico y artístico que impera entre sus miembros, incluso en aquellos jóvenes talentos que integran el cuerpo de baile, como la hermosa Melissa Hamilton.

“Creo que la compañía se encuentra bastante bien y sigue siendo una de las mejores –comentó el primer solista, José Martín-. Como en todas las de su tipo, siempre hay altibajos, lo cual de-

pende de las generaciones; pero en este momento la integran grandes bailarines como Carlos Acosta y Tamara Rojo, Marianela Núñez, Alina Cojocarú y Johan Kobborg, gente que mantiene un nivel internacional de lo más alto que hay.”

Fue similar la opinión de la primera bailarina Zenaida Yanowsky, quien afirmó con espontaneidad que luego de haber ingresado en las filas del ballet de la Ópera de París necesitó buscar un espacio más afín a su manera de sentir y transmitir el arte, por lo cual no perdió la oportunidad de audicionar en el Royal Ballet. Aunque no imaginó ser admitida “porque era muy alta y era más francesa o americana o alemana en el estilo”, desde hace 16 años baila en la compañía y manifiesta sentirse “cómoda”, pues allí le enseñaron que “el cuerpo puede expresar como lo hacen las palabras en un instante.”

Chroma, de Wayne McGregor, estrenada en el año 2006, fue la obra que inauguró esta serie de presentaciones del RBL. Sugerente, atrevida, casi desconcertante para el público por los movimientos, los diseños y la música resultó ser esta pieza del actual coreógrafo residente, McGregor, quien ha realizado investigaciones en la esfera de la tecnología, así como sobre las amplias posibilidades de la danza en relación con la ciencia y la cibernética. No deja de ser interesante que con *Chroma* hayan debutado en Cuba los miembros de la compañía clásica. Excelente fue la estructuración del programa porque desde el principio quedó explícita la amplitud de las capacidades dancísticas de los bailarines.

Entre los diez intérpretes que fueron ovacionados por los asistentes cabe destacar a los primeros bailarines, Edward Watson, Sarah Lamb, Mara Galeazzi y Federico Bonelli por sus cabales desempeños, sus atléticas líneas de piernas, fuerza y control muscular. También merece una mención especial el solista Eric Underwood debido a la plasticidad de sus movimientos. “Cuando comenzamos a montar esta coreografía, Wayne McGregor empe-

zó por enumerar los movimientos. Así sucedió con muchos más y luego invirtió los órdenes, algo que nos sorprendía porque no estamos acostumbrados a trabajar de esa forma en el mundo del ballet,” nos explicó el propio Bonelli. “McGregor juega con los conteos y nuestra distribución en el espacio y cuando agrega la música es capaz de volverlo a cambiar todo. De este modo el trabajo del principio queda como un esbozo del resultado final.” Más adelante Bonelli señaló que “él se mueve de un modo increíble. La coreografía le sale de la nariz.” Por su parte, la Galeazzi agregó: “Todos aportamos movimientos. Fue una labor de conjunto.”

Después de esta presentación le siguió *Voices of Spring*, protagonizado por los bailarines españoles Laura Morera y José Martín. Es este un pas de deux de pocos minutos en el cual se evidencia esa característica de la danza inglesa de apostar por un constante sentido de levedad. Como Martín bien argumentó, Ashton “siempre hacía cosas muy complejas, pero sin que esto se notara. Los británicos son muy recatados.” La danza en Inglaterra tiene mucha influencia del teatro; no es de extrañar, por tanto, la importancia que se le confiere a la expresión. Así lo pudimos apreciar a través de *Farewell* y del conocido pas de deux del balcón de *Romeo y Julieta*. En la primera obra vimos una vez más a la Galeazzi, tan conmovedora, acompañada por el primer bailarín Thiago Soares y, por otra parte, a sus homólogos Roberta Márquez y Edward Watson a un altísimo nivel en el papel de los amantes de Verona.

Para cerrar cada una de las tres funciones fue seleccionado el ballet inspirado en la obra literaria del escritor ruso Iván Turguéniev *Un mes en el campo*, también muy al estilo de Ashton. En esta ocasión tampoco prevalecieron los alardes técnicos a los que estamos acostumbrados y que definitivamente no marcan la estética del Royal Ballet. Zenaida Yanowsky, quien desempeñó el personaje princi-

pal de Natalia Petrovna, comentó después de la primera función: “Estaba un poco nerviosa, no sólo por el regreso a escena del bailarín y actual ensayador Jonathan Cope, sino porque el público cubano es muy entendido sobre danza y no se fija sólo en el traje bonito que llevo puesto. No sabía cómo me iban a juzgar y si extrañarían las piruetas, que casi no se hacen en una obra como esta. Pero luego pensé que debía tener confianza en el arte e intentar motivarlos tanto como lo podrían hacer las siete piruetas. Resultó bien y significó mucho, pues fue en Cuba donde decidí dedicarme a la danza.”

Como admite la propia protagonista, los cubanos supimos valorar la belleza de su actuación y estatura dominante, sus capacidades histriónicas en papeles dramáticos como este y su técnica limpia y precisa. No brilló menos a su lado Jonathan Cope, quien en realidad no había sido incluido en el programa; pero cuya presencia agradecemos todos, no sólo Zenaida, que declaró: “bailar con él es una maravilla.”

El día 16 pudimos ver en el puesto del elenco anterior a Alexandra Ansell e Iván Putrov, los cuales también ostentan la más alta condición dentro de las filas del Royal Ballet. Ansell, quien se despedía de este modo de los escenarios, como había sido anunciado varios meses atrás, nos regaló una interpretación enternecedora al lado de su hábil partenaire.

La gala de la noche anterior estuvo dedicada a la directora del Ballet Nacional de Cuba (BNC), nuestra **prima ballerina assoluta**, Alicia Alonso. Por tal motivo hubo algunas modificaciones en el programa y se incluyeron obras en las cuales ella se destacó de un modo notable, como *Tema y Variaciones*, *Giselle*, y los pas de deux clásicos de *Don Quijote*, *El Corsario* – interpretado en las tres veladas – y el del tercer acto de *El lago de los cisnes*.

Esta fue una oportunidad propicia para el trabajo conjunto entre primeras figuras del BNC y del RBL, lo cual constituyó una feliz cita para las dos escuelas, como había sido el encuentro de Monica Mason, directora de la compañía, y Fernando y Alicia Alonso. En esta ocasión compartieron el escenario Yolanda Correa y Anette Delgado, de Cuba, con Federico Bonelli en *Tema y Variaciones*. La primera de ellas lució espléndida y virtuosa en su desempeño *Espacio Laical* 3/2009

ño de apenas unos segundos, lo cual dejó a los reunidos en la sala con muchos deseos de seguir admirándola por más tiempo. Por su parte, la pareja de Anette Delgado y Bonelli logró verse bien acoplada. Él había esperado este momento con mucha expectativa, pues durante los años iniciales de su formación en gran parte dependió de profesores cubanos. Por eso menciona con orgullo entre ellos a María Eugenia Reyes y Ramona de Saá.

Las actuaciones de Tamara Rojo y Carlos Acosta durante este homenaje no fueron menos brillantes que las de los días sucesivos. La Rojo parecía atentar contra toda ley física con sus balances interminables en el pas de deux de *Don Quijote*, junto al cubano Joel Carreño, que no se quedó atrás en las habilidades técnicas. Luego ofreció unos vertiginosos y múltiples fouettés en la coda. Resulta evidente que Tamara Rojo es otro fruto de la **escuela cubana** y ella misma no se cansa de recordar con agradecimiento a las profesoras que ha tenido a lo largo de su carrera: Aurora Bosch, Karemia Moreno, Lopia Araújo y Menia Martínez. Como confirmación de las simpatías que siente hacia los cubanos le pidió a viva voz al público capitalino concentrado frente a las pantallas en la escalinata del Capitolio, que deseaba ser adoptada por ellos. Así de carismática y entregada es la española, sobre las tablas y lejos de ellas.

Atrás no se quedó Viengsay Valdés, quien salió impresionante en su personaje de Odile, de *El lago...*, y haciendo alardes de un dominio casi perfecto del personaje. A su lado observamos al no

tan impactante Thiago Soares, con una calidad técnica inferior, aunque acertado en los manejos de su compañera y en la intensidad dramática. La Valdés compitió con la Rojo en los balances interminables y en los giros.

Menos afortunada estuvo la primera bailarina del Royal Ballet, Leanne Benjamin, a quien ya conocíamos por su presencia en el 20 Festival Internacional de Ballet de La Habana, celebrado en el año 2006. Esta vez interpretó el personaje de Giselle en el pas de deux del segundo acto, junto a Joel Carreño, un Albrecht por derecho propio. Fue una verdadera pena que no hubiese logrado llevar a cabo con el control necesario el adagio inicial, aunque luego se superó con un trabajo más logrado de la técnica y el estilo. Sin embargo, en *Thais*, al lado de David Makhatcheli, de igual categoría que la suya, se mostró impecable y tan lírica como la composición musical del francés Jules Massenet.

Les Lutins, coreografía del primer bailarín Johan Kobborg, fue gracias a su estilo neoclásico y a la agilidad de sus pasos, el divertimento perfecto para liberar tensiones luego de estos memorables desempeños. En esta obra también participó de manera relevante la primera bailarina Alina Cojocar. A su lado, no causó menor asombro y deleite el violinista Charlie Siem, novel promesa de la música británica, y el experimentado pianista Henry Roche.

La segunda parte de esta visita a La Habana, que movilizó a miles de personas, incluyó en el Teatro Karl Marx dos funciones de *Manon*. Este ballet en tres actos, considerado un clásico



Miembros del Royal Ballet junto a su directora, Monica Mason.

del siglo XX, pertenece al coreógrafo y ex director de la compañía, Kenneth MacMillan y tuvo su estreno mundial en 1974. Su autor se basó en la novela homónima del Abate Prévost, escrita en el siglo XVIII y que también ha sido fuente de inspiración para otras manifestaciones artísticas.

Manon es igualmente un emblema del Royal Ballet. José Martín, quien defendió el papel de Lescaut en una de las dos presentaciones, nos comentó que cuando vemos la obra se entiende la cualidad de MacMillan de establecer un diálogo entre los bailarines a través de los pasos: “Es una técnica un poco extraña –advirtió– porque si uno ve sólo los pasos, no entiende muy bien; pero en *Manon* son ellos los que nos transmiten el carácter de los personajes, lo cual en mi opinión es fantástico.”

La troupe inglesa se instaló en el teatro con todo un equipo de técnicos que en poco tiempo articuló la impresionante escenografía del ballet. Ya habíamos notado, desde el estreno de *Chroma*, el alto costo de las producciones escenográficas, que fueron transportadas en su totalidad sin escatimar recursos. Se hace por tanto necesario un espacio para referirnos en breves líneas a la calidad de los diseños, fieles a la época y al estilo. Sin dudas, el RBL también cala hondo en la memoria de los espectadores por el profesionalismo que se respira más allá del espectáculo visible. Es una gran empresa que agrupa a geniales artistas de todas las ramas.

La música de Massenet, con orquestación y arreglos de Leighton Lucas y la colaboración de Hilda Gaunt, acompaña de un modo admirable a la coreografía y ayuda a traducir, esta vez en sonidos, el drama de la inocente y hermosa Manon en la sociedad parisina de la Regencia. El texto musical vibró a manos de los integrantes de la Orquesta Sinfónica Nacional, dirigida por el maestro de la compañía Martin Yates.

La primera noche vimos en el personaje de Manon a Tamara Rojo, quien había expresado en la conferencia de prensa que es este su ballet favorito. Acompañada por Carlos Acosta, desde que la Rojo salió a escena nos conmovió su imagen de ingenuidad, que pronto se fue tornando en avariciosa e insaciable. El día 17 Lescaut cobró vida en José Martín, junto a Laura Morera como su amante cortesana. Ambos

desarrollaron una actuación muy convincente, enérgica y precisa, exenta de movimientos o matices innecesarios. Del mismo modo podría calificar a Ricardo Cervera en el personaje del hermano envilecido.

Acosta, como el caballero Des Grieux, estuvo muy acertado en el complejo adagio de su declaración de amor a Manon. Aunque no es costumbre admirarlo en este tipo de desempeño tan contenido, el cubano estuvo impecable, al igual que el danés Johan Kobborg en la velada siguiente.

Durante el pas de deux que se ejecuta en la vivienda del joven caballero, célebre por los manejos, las cargadas y los emotivos deslizamientos, la primera pareja estuvo más desbordada. Sin embargo, Alina Cojocarú y Johan Kobborg, sin dejar de ser explosivos en este encuentro, supieron mantener por más tiempo el aura de candor que tenían ambos personajes cuando salieron a escena por primera vez. Las dos versiones, con estas diferencias, que agradecemos, arrancaron los más intensos aplausos de los presentes y de los que observaban la función a través de las pantallas gigantes a pocas cuerdas del teatro.

A lo largo de este ballet, en especial en el segundo acto, sobresalieron excelentes profesionales, entre ellos a los primeros bailarines de carácter Gary Avis, Genesis Rosato, Christopher Saunders y Alastair Marriott. Sin sus actuaciones el ballet no habría gozado de tal éxito, pues ellos son tan imprescindibles como los propios Manon y Des Grieux. Por tal motivo, y porque cada cual comprende la importancia de crear un hilo argumental a partir de su personaje, por pequeño que sea, es que el pasaje de la fiesta en el *hôtel particulier* de Madame, se convierte en una verdadera delicia. Las dos noches los intérpretes de Lescaut y su amante desarrollaron un pas de deux en el cual fusionaron su logrado desempeño técnico con un acento satírico, en medio de una atmósfera cargada de vicios y desdichas. En ese momento ya cualquiera se preguntaría si los bailarines actúan o si en verdad estamos participando de esa celebración, jugando a las cartas con el Señor G.M., bebiendo vino frente al espejo o bailando en ese recinto lujoso del bajo mundo.

Del éxtasis nos saca el disparo contra Lescaut, la consternación y el lamento de los amantes. En ese instante de intenso dolor, Manon se desespera porque

ha caído en la cuenta de lo mucho que le ha costado su apego al oro y los vestidos. Ella sabía que todo tiene su precio, pero no había llegado a imaginar el que estaba destinada a pagar. Insuperable la reacción de Tamara Rojo, aún deslumbrante cuando ya Manon se encontraba al borde de la decadencia.

En el pantano de Louisiana, tiene lugar el último pas de deux, más trágico y desafiante aún que los anteriores por las cargadas, los giros en el aire y la depauperación física que padecen. Alina Cojocarú, con sus proporciones menudas, se veía aún más frágil que la Rojo. Inspiraba lástima su Manon, de veras consumida cuando Kobborg la lanzaba por los aires en espectaculares giros, o cuando elevaba las piernas hasta el infinito, para dejar constancia de su gran flexibilidad y exquisitos empeines.

Des Grieux la persigue, intenta animarla; pero de pronto Manon cae desplomada mientras él la sostiene con cuidado entre sus brazos. Carente de suficientes fuerzas, la coloca sobre la tierra y le toma las manos. “... advertí que tenía las manos frías y temblorosas; las acerqué a mi pecho para calentárselas. Ella sintió este movimiento y, haciendo un esfuerzo para coger las mías, me dijo con una voz muy débil que se creía en su última hora.”¹

Como bien afirmó la actual directora del RBL, Monica Mason, “la danza es esencial para la cultura cubana, porque vibra en el corazón del pueblo”. Así lo percibieron los miembros de la compañía que han venido por primera vez, sobre todo aquellos como Mara Galeazzi, quien expresó: “Es muy bello para un artista percibir estas reacciones del público.”

La sala abarrotada del Karl Marx agradeció con euforia a los artistas del Royal Ballet cuando llegó a su fin la última función de *Manon*. Inolvidable su adiós desde las tablas cubanas. La huella de las cinco funciones llevadas a cabo en nuestro país permanecerá largo tiempo en los que hemos disfrutado de esta forma “a la inglesa” de concebir la danza.



¹ Prévost, Abate *Historia de Manon Lescaut y el caballero Des Grieux*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1970. p. 191.